

Comuneros contra el Rey



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2021

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Edición y prólogo: © Isabelo Herreros, 2021

Epílogo: © Fidel Cordero, 2021

Cubiertas: *Ejecución de los Comuneros de Castilla* (1860), de Antonio Gisbert Pérez

IBIC: DNF

ISBN: 978-84-18141-34-8

Depósito legal: M-XXXX-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización

de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Comuneros contra el Rey

Manuel Azaña

Edición y prólogo de Isabelo Herreros

Epílogo de Fidel Cordero



Índice

Azaña, su vocación de historiador y los comuneros de Castilla	9
<i>EL IDEARIUM DE GANIVET</i>	35
Epílogo: Azaña y los Comuneros	143

Índice de ilustraciones

<i>Padilla levanta el sitio de Segovia</i> (1853), de Victoriano Amelle	3
<i>Acuña en el sitio de Valdepero</i> (1853) de Victoriano Amelle	35
<i>El obispo Acuña y la viuda de Padilla arengan al pueblo de Toledo después de la batalla de Villalar</i> (1853), de Victoriano Amelle	159

Azaña, su vocación de historiador y los Comuneros de Castilla

SE HA ESCRITO MUCHO acerca de la condición de escritor de Manuel Azaña y en esa definición se incluyen, además de su obra creativa, sus ensayos, sus traducciones del inglés y del francés, así como sus críticas literarias, si bien es cierto que algunas no las firmaba, tampoco con seudónimo, en particular en la revista *La Pluma*, por lo que se hace difícil realizar una compilación total de las mismas. Tal vez es el momento de añadir otra vocación, en el contexto totalizador de la personalidad política e intelectual de Manuel Azaña, bien definida por Juan Marichal¹, y es la de historiador, y creemos que se le puede adjudicar con toda propiedad, en la acepción que da a la palabra la Academia de la Lengua, es decir, «persona que escribe historia». Puede que esa condición de historiador sea indisociable de otras vocaciones de nuestro perso-

¹ Marichal, Juan. *La vocación de Manuel Azaña*. Editorial Cuadernos para el Diálogo. Madrid 1968.

naje, pero hoy sirve para entender mejor la manera en la que profundiza en determinados acontecimientos históricos.

Azaña realizó aportaciones relevantes para el entendimiento de la Historia de España, y toda su acción política estuvo fundamentada en ese conocimiento; como si en todo momento hubiera tenido una suerte de mirada bifronte, que le permitía simultanear su acción política con la vista puesta en el pasado. Según Santos Juliá, el autor de *El jardín de los frailes* tenía una «curiosidad sin límites, gusto por los documentos, capacidad y método de trabajo, lecturas sin tasa; más aún, una singular memoria para retener el léxico, los nombres, las historias, las costumbres y morales de una época, unida a su afición a la escritura, a su vocación de *escritor*, y a su agudeza para discernir los problemas centrales de una época sin perder de vista la complejidad de su entramado...». De esa vocación se percató el más destacado historiador de su generación, tal y como el propio Azaña deja anotado en sus diarios: «Salinas me ha hablado del proyecto de historia de la literatura que van a hacer en el Centro de Estudios Históricos. Ya me había hablado Américo Castro para colaborar en la historia de España que pretenden hacer allí también. Yo preferiría colaborar en la historia literaria, y así se lo he dicho²».

Azaña se había mostrado muy crítico con la historia de España que se impartía en los colegios, basada en una mitificación desmesurada de pasadas glorias y héroes, y centrada en los Reyes católicos y la dinastía de los Austrias. Esta historia, que era la oficial, resucitaba siempre a los enemigos externos

² Azaña, Manuel. *Obras Completas*, vol. II. 1927, pág. 1032. Ministerio de la Presidencia. Secretaría General Técnica. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 2007.

de España, y se utilizaba para avivar rencores y viejos agravios. Se exaltaba la alianza del altar y el trono, que nos había llevado a las más altas cotas del fanatismo, y de la intolerancia, con la Inquisición, al tiempo que se ocultaba un pasado vinculado a otras corrientes humanitarias y liberales, o peor, se tergiversaba la historia de las luchas internas, y se demonizaba a los vencidos, como fue el caso de las Comunidades de Castilla. Es por lo mismo que se instala la duda y el cuestionamiento de los libros de historia en el joven Azaña, y, cada vez que aborda un trabajo de crítica o de investigación, acude a diversas fuentes, documentos y archivos; no se conforma con lo que otros, aunque sean reputados historiadores, han escrito. Entre los estudios que tenía Azaña en proyecto estaba uno de crítica de toda la literatura de la generación del 98. No lo llevó a cabo, por pesar más en la balanza su vocación política, pero realizó algunas «incursiones», como en el caso de Ganivet. En 1921 publicó un artículo en *La Pluma*³, a propósito de una serie de conferencias y homenajes que trataban de recuperar su figura, en unos casos para la exaltación nacionalista española y en otros como reivindicación de un crítico de nuestro país, con dolor de España, tan del gusto del 98. También hubo la simpatía que produce un personaje que acaba suicidándose, nada menos que en Riga, aunque en su trágica decisión no tuviera nada que ver su patriotismo sino un par de patologías graves que le llevaban a una postración terrible.

Azaña había leído al autor de *Granada la bella* y rechazaba que se utilizase al diplomático y escritor como la base en la que sustentar un renacimiento del alma española:

³ Azaña, Manuel. «En torno a Ganivet». *La pluma*. Febrero de 1921.

Ganivet reaparece con igual reputación que tuvo en los comienzos del siglo, cuando un golpe de mano de la crítica lo impuso audazmente a la devoción del público: la de inventor de España, apóstol y fundador de la patria espiritual venidera⁴.

La exaltación de Ganivet continuó unos años, hasta conseguir repatriar sus restos mortales a su Granada natal en 1925. Azaña debió de aprovechar sus obligados encierros y retiros durante la dictadura de Primo de Rivera para continuar con su crítica de la obra de Ganivet, pero no porque tuviera un interés especial en este autor, que, como ocurre con Joaquín Costa, le sirve para refutar todo lo que tienen estos escritores de tradicionalistas, así como las interpretaciones que hacen de la historia de España. Llegamos así a la edición de *Plumas y palabras*, un libro que aparece en 1930, publicado en Madrid por la Compañía Iberoamericana de Publicaciones. La llegada a las librerías de este volumen de ensayos y artículos, en el que se incluye *El idearium de Ganivet*, se produce a finales de año, precisamente después del fracaso del movimiento revolucionario que tenía por objeto derribar la monarquía alfonsina, con el fusilamiento de los capitanes Galán y García, protagonistas de la conocida como Sublevación de Jaca. La represión que se desencadena, por parte del directorio militar lleva a prisión a la mayoría de los integrantes de la junta revolucionaria; algunos deciden no dejarse atrapar y optan por salir de España y otros, como Azaña, permanecerán en Madrid, huidos de la poli-

⁴ Azaña, Manuel. *Plumas y palabras*. Compañía Iberoamericana de Publicaciones. Madrid. 1930.

cía hasta el mismo 14 de abril de 1931. No obstante, el libro tiene cierta repercusión en la prensa, pero en reseñas o críticas que, si bien son elogiosas, solo ofrecen un recorrido superficial de contenidos. Pero hay una crítica que llama la atención, precisamente porque parece que el periodista se ha percatado de la profundidad del ensayo dedicado a Ganivet. El autor no es otro que Luis Bello, célebre por sus campañas de denuncia años atrás de la situación de las escuelas públicas en España, y amigo y correligionario de Manuel Azaña:

El «Idearium» empieza con un error: el relativo al dogma de la Inmaculada, que Ganivet confunde con el de la Encarnación. Ya lo advierte Unamuno. Segundo error: el de la aspiración a un período español puro que fructifique dentro del territorio nacional. Azaña lo ve realizado en el período hispano-europeo o hispano-colonial, según la propia clasificación de Ganivet. Reivindica a Lope, que en el «Idearium» viene rebajado. Y asimismo a los Comuneros, que no todos fueron castellanos, ni todos estuvieron en Villalar, pero que allí perdieron la guerra que los constitucionalistas de Tordesillas sostuvieron contra la Corona. Esta reivindicación de las Comunidades, bien fundada y documentada, es para mí el mayor acierto del análisis. En esta ocasión, como en otras que el crítico subraya, Ganivet ignora la Historia y demuestra tendencia a interpretarla con criterio tradicionalista. De la tradición que empieza en Carlos V; no de la otra, que cayó en Villalar y resurge en las Cortes de Cádiz⁵.

⁵ *El Sol*, 25 de enero de 1931.

Poco después, con la llegada de la República, Azaña se convierte en la revelación del nuevo régimen, en particular por su portentosa oratoria, por lo que los trabajos literarios e históricos se ven relegados para mejor ocasión. No se vuelve a hablar de este libro y, aunque el autor en ocasiones menciona en discursos aquella primera revolución democrática comu-nera, pasará al olvido esta original y documentada interpretación. En la historia oficial queda la versión de que los comuneros eran señores que defendían privilegios feudales frente al joven emperador que venía de Alemania. Tendrán que pasar muchos años para que sea reconocida esta relevante aportación historiográfica de Manuel Azaña, y será un hispanista, Joseph Pérez, quien lo haga en 1970, si bien no es hasta 1990 cuando sus estudios sobre los comuneros vean la luz en nuestro país⁶. Mientras tanto, durante todo el franquismo se siguen teniendo por buenas las peregrinas teorías de Gani-vet, que a su vez seguía la senda de Manuel Danvila⁷, pero sin molestarse en leer los documentos que este aporta también sin haberlos leído; así se ha escrito nuestra historia. Otro tanto, o peor, hizo Gregorio Marañón, tan del gusto de los de la Tercera España, que llegó a exponer la extravagante tesis de que el grito de guerra de los comuneros era el de *Viva la Inquisición*⁸. Puede señalarse la excepción de Maravall⁹, muy valorado en los años ochenta, y lo hace Joseph Pérez, concediéndole que:

⁶ Pérez, Joseph. *Los comuneros*. La esfera de los libros. Madrid 2001.

⁷ Danvila, Manuel. *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, 6 volúmenes. *Memorial Histórico Español*, ts. XXXV-XL. Madrid, 1897-1900.

⁸ Marañón, Gregorio. *Los castillos en las Comunidades de Castilla*. Espasa Calpe. Madrid. 1957.

⁹ Maravall, José Antonio. *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*. Revista de Occidente. Madrid. 1963.

«desconocía las reflexiones de Azaña». Efectivamente, como señala el profesor Joseph Pérez: «Estamos ante un caso inaudito: ¡historiadores serios que se refieren a textos publicados pero que no los han leído!»¹⁰.

Merece la pena destacar lo que el hispanista considera más relevante de la aportación de Azaña a la historia de los Comuneros, y en primer lugar la interpretación que hace de la posición de la nobleza en el curso de la Guerra de las Comunidades, que fue en síntesis el apoyo al César, pero condicionando en el tiempo los apoyos para así poder ir consolidando su situación de poder, una vez que se produjese la derrota definitiva de los ejércitos que habían conseguido levantar los Comuneros. Mas adelante Pérez señala la valentía de la posición de Azaña, al poner en solfa toda la historiografía oficial:

Manuel Azaña, el único que se atreve a criticar a Ganivet, está en lo cierto cuando opina que las ideas de Ganivet son ante todo una reacción de mal humor, contra cierta retórica y cierta política que tratan de ocultar con frases grandilocuentes el vacío del pensamiento¹¹.

Mas adelante, en la misma línea, vuelve a señalar la importancia que daba Azaña al análisis de textos y documentos:

Las opiniones de Ganivet no fueron discutidas cuando se publicaron. Solo Manuel Azaña, en los años veinte, las increpó con vehemencia, pero curiosamente la crítica seve-

¹⁰ Pérez, Joseph. *Opus cit.*

¹¹ Pérez, Joseph. *Opus cit.*

rísima que escribió en 1930 sobre el *Idearium* de Ganivet pasó inadvertida por completo. Azaña, después de analizar textos clave, como los capítulos de la Junta de Tordesillas, consideraba que la interpretación liberal del siglo XIX, a pesar de sus evidentes anacronismos y de su fuerte carga ideológica, no era tan descabellada: en el fondo, los comuneros de 1520 y los liberales de Cádiz buscaban los mismo: «el pacto, la transacción y el conculcado entre la Corona y los súbditos, de que resulta un gobierno limitado»¹².

Entre las frivolidades que aún escuchamos en torno a Azaña ha hecho fortuna la de que fue un intelectual metido a político; con ello se explicaría el fracaso de la experiencia republicana y, también, de paso, se evita que no sea ese el listón con el que medirse algunos. Nada es inocente en la España actual. Sin embargo, como se verá, todo en la formación de Azaña —tremenda e interdisciplinar— va dirigido a un objetivo: la acción política, para cambiar, para transformar y modernizar España, pero para ello considera fundamental conocer muy bien la Historia. Desde que, en el año 1900, con 20 años, lee su tesis *La responsabilidad de las multitudes*, hasta 1930 —ya presidente del Ateneo de Madrid—, e incorporado al Comité Revolucionario, no hace otra cosa que estudiar los problemas del país y buscar también las soluciones. En este contexto se sitúan sus estudios acerca de la política militar francesa, publicados en 1919. A nadie, ni en el ámbito político y menos aún en el intelectual se le ocurría «perder el tiempo» con esas cosas.

¹² Pérez, Joseph. *Opus cit.*

El *Idearium* de Ganivet

(1921-1930)

Manuel Azaña



EN ESTE MADRID jamás sabe uno a qué carta quedarse en el juego de las valoraciones literarias. El silencio envuelve por igual a muertos y a vivos, o, peor aún, los envuelve la alabanza pegajosa de los estúpidos, especie de engrudo que deja al artista y a cuanto representa inabordable e intocable. Cualquier pretexto es bueno para eximir a la inteligencia de la penosa y comprometida función de juzgar; penosa porque es esfuerzo, y comprometida porque la opinión propia, si es libre y expresa, puede ahuyentar a una clientela, o enojar al patrón, o frustrar la esperanza de un destino de seis mil reales. A los grandes se les deja dormir en sus hornacinas por puro respeto. No se nos ha olvidado que al morir Galdós opinó don Antonio Zozaya que la pretensión de criticar la obra de don Benito era empresa superior a la inteligencia humana. A los menores se les dispensa el amistoso favor de desdeñarlos. Madrid, tan conservador en todo, lo es más que nada en literatura, por falta de discernimiento. Ante valores coetáneos de los toros de Guisando,

tenidos por actuales, todavía es de ritual quitarse el sombrero; subsisten, como el buen paño que no se vende en el fondo del arca, a fuerza de no usarlos. Acuñada una reputación, no corre peligro de desgastarse nunca, por la sencilla razón de que no circula. Muere un escritor. Pasarán años, lustros, siglos acaso: no se observará que sus obras se reimpriman, ni que se le dediquen artículos o libros, ni que se hable de él entre gente de letras, ni quedará ya rastro de su influjo en la literatura viviente. «Este es un escritor olvidado» —dirá para sí el discreto. Error. Un accidente basta para demostrarlo: si el azar de una lectura, de un viaje, o una fogarada de patriotismo local encienden un pecho ingenuo en admiración súbita, se apresura a comunicar al público su descubrimiento: trátase de vindicar una gloria perdida. A esa voz responden las ranas desde sus charcos. Resulta que todas las ranas de la península venían infundiendo en sus renacuajos ese mismo culto. Muévase gran estruendo. Así el ladrido de un can suscita en el silencio de la noche el ladrar de los demás canes de la aldea. Alborotan hasta reventar. Luego se abate sobre el escritor otra montaña de silencio, que puede tener la densidad y la duración de la gran pirámide de Egipto.

De tales explosiones suele quedar memoria: una estatua, el nombre de una calle, una lápida en gerundio. Si el héroe o genio no tomó la precaución de marcharse a la tierra sin dejar huella, está, además, expuestísimo a que le zarandeen el esqueleto. En España, lo primero que se hace con los hombres ilustres es desenterrarlos. Del cadáver con pretensiones de celebridad que no ha sido «reivindicado» alguna vez, bien se puede creer que usurpa su fama. La manía de la exhumación sopla por ráfagas, como la del suicidio o la del desafío. Hace años,

el Parnaso español pudo temer que era llegado el día del juicio final: no dejábamos a nadie yacer tranquilo. Hubo un ir y venir de ataúdes y un trasiego de huesos queapestaba. Los poetas, siempre desvalidos, no se defienden. No así un santo que hay en mi pueblo, hecho carne momia, en una caja de sándalo, y plata que huele muy bien —a santidad. Un obispo quiso traérselo a Madrid, y el santo no lo consintió en manera alguna. Apenas la procesión que se lo llevaba salía por las puertas del pueblo, se nubló el sol, comenzó a llover, se desbordó el río, y los fieles, gritando: «¡milagro!, ¡milagro!», obligaron a devolver el santo a su iglesia. Asegundó el obispo con otra tentativa, y el santo volvió a llover y a tronar y a sacar el río de madre, con lo que para siempre lo dejaron en su capilla y en su cofre. Las glorias de tejas abajo, menos *bien en cour*, no pueden desencadenar los elementos naturales sobre esas comisiones gestoras y juntas de centenario que, con estilo de comité electoral suburbano, hablan de «timbres» y de «florones», y se arrojan sobre los restos gloriosos para llevarlos de una parte a otra, representando a lo vivo la fábula del asno cargado de reliquias...



EN ESTOS DÍAS QUE CORREN, la gloria póstuma de [Ángel] Ganivet padece un recrudescimiento eruptivo. Se habla de él en algunas casas doctas; algún periódico vocifera su nombre; responden a tal clamor ecos de provincias remotas. Ganivet reaparece con igual reputación que tuvo en los comienzos del siglo, cuando un golpe de mano de la crítica lo impuso audaz-

mente a la devoción del público: la de inventor de España; apóstol y fundador de la patria espiritual venidera. La persistencia de los lugares comunes que con periodicidad mensurable se condensan en tomo de Ganivet revelan, o que no se le lee, o el desuso del juicio. Si este escritor estuviera tan presente en nuestro ánimo, como suele afirmarse, la mente, al surcarlo, no lo respetaría como a un fetiche. Creo más bien que a Ganivet se le lee de joven, y no se le echa de menos en la edad madura. Los que leyeron a Ganivet hace veinte años y conservan el recuerdo de una impresión considerable, vuelvan a leerlo y a leerlo despacio, confrontándolo con las cuestiones serias que atacó: hallarán un caso personal interesante, una tragedia intelectual, pero de su obra se encontrarán a una distancia igual al progreso cumplido por el espíritu del lector en punto a reflexión y orden y en el dominio de sus medios y de los problemas.

Ganivet es el tipo acabado del autodidacto, de cultura desordenada y retrasada, mente sin disciplina. Grande es la actividad de su espíritu; lee, medita; escribe alguna vez. Todo lo va a poner en tela de juicio. Quiere llegar a la «fuerza madre», aislar «el eje diamantino alrededor del cual giran los hechos del diario vivir», esculpir con sus manos su propia alma. Pero siempre se nos aparece como abrumado y aterrado por los problemas mismos, y escapándose de ellos mediante una pirueta. En el fondo es que solo le interesa su propia persona. La fugacidad de la ida, la inutilidad del esfuerzo, ensombrecen su ánimo; impropia al Destino que no le permite escribir su nombre en la esfera celeste. No conoce la ternura ni el amor, ni la naturaleza apacible. Su desesperación es sombría y seca. Se resiste a aceptar la vida; y puesto que

el vivir carece de objeto, le dará de su persona lo menos que pueda, encastillándose en su fiera soledad. Es un bilioso, huraño; vive «requemado física y moralmente»; es misántropo y misógino; en rigor, poco sensible: eso es lo que le faltó para ser un gran artista.

Tal es Ganivet en el *Epistolario*, breve colección de cartas que despiertan la maligna curiosidad de conocer no tanto las ulteriores epístolas del autor como las de su amigo y corresponsal Navarro Ledesma. Un biógrafo con más doctrina y mejor gusto que Navarro, menos ofuscado por la amistad, no tan propenso al énfasis españolista, más delicado y sutil, en suma, habría escrito en tomo a Ganivet un libro magnífico probablemente; el hombre mismo, su ambición intelectual, su locura y su muerte y aquel su sentimiento trágico del vacío y de la insipidez de la existencia, son por sí solos temas fecundos; pero, tratados históricamente, haciendo surgir a Ganivet del medio en que se crió y no se educó, hubiesen sido el germen de un libro que aún no existe y que acaso ya nadie lo escriba: tan difícil es restituir el ánimo al punto crítico de fines de siglo. Está por hacer el drama del español que, en el umbral de la madurez, cuando ya ha conseguido despojarse de los harapos con que vistieron su inteligencia juvenil, entrevé su fracaso y descubre que no le restan medios ni tiempo para advenir a los órdenes superiores de la cultura. Tal fue íntimamente el conflicto en que sucumbió Ganivet, víctima de esta época que no entendía ni entiende la pasión intelectual; conflicto que a pocos perdona, del que unos se evaden arrojándose a ciegas en el histrionismo, y que otros devoran para sí, con la triste certidumbre de haber marrado el blanco. Solos no arriesgan nada los que, mejor orientados, empeñan desde luego su talento,

grande o chico, en las batallas del arribismo, donde no se pierde más que la vergüenza. En Ganivet, sobre la desproporción entre los fines y los medios, hállase además una prevención hostil contra el ambiente europeo en que espiritual y físicamente tenía que vivir sumergido. Él no lo dice. Acaso no se da cuenta. Con todo, cree uno verle a dos dedos de considerar la civilización entera como una engañifa, y la historia de los pueblos cultos como una inmensa mixtificación. En esto es muy de su raza, donde pululan los hombres (sobremanera odiosos) a quien «no se la da nadie». Ganivet es demasiado propenso a explicar los hechos históricos (los verdaderos y los imaginados) por pequeñas causas. Esa hostilidad estrecha el encierro en que ya él de por sí estaba puesto. No acertó a librarse. Si hubiera amado más, habría coqueteado menos y la salvación hubiese sido posible. Se excedió en aplicar por medida su existencia personal. Y cuando cree haber llegado al «eje diamantino», abandona cabalmente toda veleidad crítica y apacienta, en páginas de noble contextura, los sentimientos nacionales hereditarios y las esperanzas españolas marchitas.

Navarro Ledesma, que no escribió la biografía posible de Ganivet (y perdió el tiempo en escribir la de Cervantes), proclamó desde la tribuna del Ateneo la misión del autor del *Idearium*: «... si existe una España joven, robusta, pensadora, valiente y capaz de redimirse por los hechos y por las obras del espíritu, el alma de esa España debe identificarse con el alma de aquel Ganivet, el filósofo, el poeta, el patriota, el inmortal». Ciertamente: un hombre inteligente no se encuentra todos los días, ni aun entre literatos; pero Ganivet fue mucho más que eso. Ganivet fue el primer superhombre, precursor de la humanidad futura, tipo moral y físico perfecto, con su pequeña cabe-

za y su sotabarba: «... era un hombre único y señero, distinto y desligado en todo y por todo de los demás seres humanos: un eslabón roto de esta servil cadena que humanidad se llama: era más, mucho más que el vulgar *homo sapiens*, codeado y despreciado aquí y allá diariamente... No creo desvariar afirmando que era mi amigo un extraño ser, precursor de razas futuras, en las que, por virtud de no sé qué misteriosas selecciones, llegarán a condensarse calidades y partes meramente humanas con otras de tipos zoológicos más antiguos y más fuertes...». Bien. La arenga de Navarro fue aclamada en el Ateneo. Pasó entonces por el cénit la estrella de Ganivet y lograron sus escritos relativa difusión. Su figura de profeta y sus ideas llegaban a tiempo. Hablando de España, era el único que hablaba de ella con amor y dolor sin perder el recato; no agredía, no injuriaba; no se le vio retorcerse en bascas de iracundia fluente; sus esperanzas, y los juicios históricos en que las fundaba, caían sobre el lacerado corazón español como bálsamo lenitivo. De entre las confusas memorias que nos restan de tales años, sobresale la actitud general de criticismo acerbo, petulante, tan poco informado y tan miope como la gárrula oquedad española tronchada por la guerra. El pesimismo era un refugio de la vanidad; una tabla de salvación personal. A los españoles de entonces, tanto como el hecho mismo de su reciente derrota, les avergonzaba el sentimiento de haber hecho el ridículo. Les gustaba recibir badilazos en los nudillos: [Joaquín] Costa les llamaba brutos, puercos, eunucos, y se hundía el firmamento con los aplausos. Tal estado de cosas no podía durar mucho: fue mudándose en cuanto expiraron, sin catástrofe, los plazos señalados por Costa, y en cuanto los españoles se dieron de bruces contra este hecho: que el seguir siendo un pueblo es

una carga que no se dimite sin más ni más y cuando se quiere. Ciertos escritos absolutorios de Ganivet —radicalmente opuestos a ese estado de ánimo— fueron muy bien recibidos. Al fin se hacía justicia por un hombre moderno, librepensador, y que (¡cómo no había de estar enterado!) escribía desde el extranjero. Fue sobre todo bien recibido por los jóvenes posteriores al «iconoclastismo». Había surgido un nombre que poder alabar, al menos en público, sin ponerse en ridículo. ¡Qué descanso para las pobres almas, fatigadas de ser maldicientes! ¡Qué gozo poder abandonar una postura incómoda, aflojar los músculos faciales contraídos por una mueca de altivez, de hosquedad, y olvidar la propia y abrumadora importancia para dar vado a los instintos de probidad y bondad que pocos pierden en absoluto! La causa profunda de la exaltación de Ganivet al rango de guía y maestro de una España venidera consiste acaso, más que en la sustancia ideal de sus escritos, en una coincidencia de problemas de juventud. Todo Ganivet es un afanoso tanteo de la vocación. La España de principios de siglo, inorientada, empezaba por preguntarse qué podría hacer, y los jóvenes, sobre todo los jóvenes, los que aún no sabían *a qué generación iban a pertenecer*, se revolvían, como Ganivet se revolvió, en un enredijo de cuestiones previas.

Ganivet —dice en alguna parte Unamuno— hubiera rechazado el calificativo de intelectual. Era ante todo un hombre; un creador... Ciertamente; pero aspiró a crear por el pensamiento, y a la energía, persistencia y profundidad de su pensar sacrificó no pocos ornamentos de la vida. Quería ser independiente, como en todo, en la función mental. Pretendía elaborar nuevas ideas, o ensayaba combinaciones nuevas de ideas recibidas. Este es un mérito que debe tenerse muy en cuen-

ta, porque estamos en España, donde (y sobre todo en su tiempo) el oficio de escritor público no supone siquiera la posesión de las primeras letras, y menos todavía del hábito de discurrir. Escritores de fama hemos conocido que, tras publicar una veintena de volúmenes, han podido llevarse la mano al cráneo diciendo: «¿Para qué servirá esto que bulle dentro?». Lo único que puede hacer creer en el reverdecimiento probable del espíritu español es el hecho manifiesto de haberse enriquecido el caudal de ideas circulantes, la apetencia más viva de adquirirlas y el afán —incluso indiscreto, pueril— de lucirlas. Pero Ganivet, ¿fue tan independiente como él se propuso y se figuraba ser? Su noble esfuerzo, ¿se ha visto recompensado por algo verdaderamente nuevo ni, sobre todo, de suficiente solidez? No lo creo. Le faltaba quizás técnica; de fijo le faltaba información; cuando rehace la fisonomía de España está preso de sugerencias emocionantes, pero deleznales; pretende resolver ciertos problemas cuyos simples datos solo una crítica severa podrá algún día fijar.